

sos aspectos de los principales temas abordados. Destaca la importancia de los estudios regionales y se reitera la afirmación de lo fructífero que pueden ser los resultados obtenidos de la complementariedad entre la etnohistoria y la arqueología. Sin embargo, como se desprende del contenido de los artículos que lo integran, ante la proliferación de términos explicativos de las unidades socio-político-territoriales que conformaron la Triple Alianza, y la falta de correlación entre éstas, frente a la falta de un idioma común, se corre el riesgo de que los intentos de cooperación se conviertan en un diálogo de sordos.

Jesús MONJARÁS-RUIZ
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Lorenzo MEYER: *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana. El fin de un imperio informal*. México: El Colegio de México, 1991, 580 pp. ISBN 968-12-0452-2.

En todo el mundo, lectores y cinéfilos, durante muchos años, han conformado su imagen de los británicos de acuerdo con las novelas de Ian Fleming sobre James Bond. Los agentes británicos eran superhéroes que, si bien estaban dispuestos a utilizar todos los medios a su alcance para lograr sus objetivos, finalmente triunfaban por la causa de un mundo mejor, cuya esencia era Gran Bretaña.

Las novelas de espionaje de John LeCarré alteraron esta imagen. Los amorales agentes británicos seguían dispuestos a hacer cualquier cosa para lograr sus objetivos, pero éstos tenían muy poco que ver con el bien de la humanidad o incluso con el de Gran Bretaña, y mucho con luchas burocráticas internas y propósitos cínicos. Vagaban por el mundo, ineficientes y fracasados.

A pesar de que tanto Fleming como LeCarré escribieron en el siglo XX y sobre personajes del siglo XX, el contraste entre James Bond y los espías ineptos y amorales de LeCarré simboliza el contraste entre la Gran Bretaña del siglo XIX y la Gran Bretaña del siglo XX. En el siglo XIX, Gran Bretaña era la potencia económica y política más importante del mundo. Explotando hábilmente los conflictos internos y las contradicciones de otros países, y con un ejército relativamente pequeño, logró construir un gran imperio formal. Al mismo tiempo, gracias a su poder económico y a la amenaza de su marina, Gran Bretaña estuvo también a la cabeza de un imperio informal que comprendía gran parte de América

Latina. Después de la década de 1920, como resultado del surgimiento de Estados Unidos y de la primera guerra mundial, gran parte del imperio informal británico empezó a resquebrajarse, sobre todo en América Latina. Después de la segunda guerra mundial, también el imperio formal se desintegró. Muchos políticos británicos, así como muchos de sus agentes, se negaron a reconocer y afrontar esta realidad. Esto provocó que se abriera una brecha creciente entre las políticas que se adoptaban y los medios con que se contaba para llevarlas a cabo.

México fue el país donde esta situación se hizo más evidente, y Lorenzo Meyer, en este extraordinario libro, analiza y describe brillantemente la evolución de la política británica en este país. Mediante la revisión exhaustiva de una increíble cantidad de documentos en su mayoría no publicados, de origen británico, mexicano y estadounidense, Meyer traza la historia de la compleja relación entre México y Gran Bretaña desde fines del siglo pasado hasta la década de 1950.

A fines del siglo XIX y principios del XX, a pesar de que Estados Unidos había llegado a ser la mayor potencia económica en México, la economía de Gran Bretaña y su influencia política rivalizaban fuertemente con las de Estados Unidos. Esto se debía, en parte, a las disposiciones adoptadas por Porfirio Díaz y su gobierno, que a través de todos los medios a su alcance alentaban a las potencias europeas para que invirtieran en México, con el fin de equilibrar la influencia de Estados Unidos. La influencia de Gran Bretaña también se debía al éxito que tuvo en México su principal "agente", quien, a pesar de no ser un espía sino básicamente un hombre de finanzas, podría tal vez ser llamado el James Bond de México. Se trataba de Sir Weetman Pearson, quien tiempo después recibió el título de Lord Cowdray. Pearson no era un espía, sino un hombre de finanzas y un empresario. En México tuvo un gran éxito, y ganó millones por desempeñar un papel central en la modernización de la anticuada infraestructura del país. No era sólo un brillante hombre de negocios, sino también un ingeniero de primera categoría y un promotor. El gobierno de Díaz lo contrató para que llevara a cabo obras públicas de gran importancia, como el dragado del puerto de Veracruz, la institución del transporte público en la ciudad de México y la modernización del ferrocarril de Tehuantepec, que unía las costas atlántica y pacífica de México. Pearson también utilizó sus contactos oficiales para fundar un emporio petrolero en el golfo de México. Estableció una estrecha relación personal con Porfirio Díaz y también con

la élite mexicana. Meyer nos proporciona una fascinante descripción del imperio de Cowdray en México, que era sólo parte de un imperio financiero mayor, que se extendía por todo el mundo.

Tanto en 1910-1911 como en 1913 Cowdray se mostró tan incapaz como los otros hombres de negocios en México de entender la naturaleza y la profundidad de la revolución mexicana. Fue leal a Porfirio Díaz hasta el fin, y en 1913 dio a Huerta todo su apoyo. Es muy probable que durante un tiempo su influencia haya hecho que los británicos se opusieran a las políticas de Woodrow Wilson en México. Cowdray, sin embargo, era un pragmático. Alrededor de 1917 entendió que la revolución mexicana era irreversible, y que para garantizar su supervivencia en México, los intereses británicos tenían que hacer un trato con los revolucionarios. Abogó con firmeza ante el gobierno británico para que reconociera a Carranza y nombrara un embajador en México. Aunque Cowdray no era sólo un hombre muy rico sino también un político influyente en Gran Bretaña —durante un tiempo fue miembro del gabinete—, no pudo hacer que la Foreign Office aceptara sus puntos de vista sobre Carranza. Durante muchos años, la Foreign Office —cuya posición en la primera guerra mundial fue compartida por la inteligencia militar británica— apoyó, por el contrario, a una persona que sin duda podría muy bien ser un personaje de la novela de John LeCarré: Cunard Cummins, un don nadie extraordinariamente inepto. Lorenzo Meyer hace un retrato convincente y a veces humorístico de este hombre, que no poseía ninguna experiencia diplomática y muy pocas cualidades para ejercer cualquier oficio diplomático. Cummins había sido dueño de una fábrica de zapatos que se declaró en bancarota, y cuando los ingleses retiraron a sus representantes diplomáticos de México, Cummins fue nombrado para desempeñar el puesto más bajo en el servicio exterior, el de guardián de los archivos en la ciudad de México. Fue el único representante inglés que permaneció en México durante la Revolución, y la Foreign Office empezó a tomar muy en serio sus opiniones. Lo que Cummins recomendó durante su gestión fue que se derrocaria al gobierno de México y se restableciera una administración de tipo porfiriano, ya fuera por medio del apoyo a políticos conservadores en México o a través de la intervención militar de Estados Unidos. La Foreign Office descartó todas las objeciones de Cowdray a estos planes. Cowdray insinuó que Cummins era un paranoico, argumentó que los conservadores estaban muy lejos de recuperar el poder en México, y señaló que, si Estados Unidos llegara a intervenir, ciertamente no consi-

deraría a Inglaterra como un socio en igualdad de condiciones en México. Cowdray se negó terminantemente a hacer caso a las sugerencias de algunos diplomáticos británicos de que conspirara junto con la Mexican Petroleum Company de Doheny para derrocar al gobierno revolucionario mexicano. Meyer nos da una divertida descripción del tragicómico final de la gestión de Cummins en México. Después de haber participado en uno más de los numerosos intentos de derrocar al gobierno, en aquel momento encabezado por Obregón, los mexicanos decidieron por fin expulsarlo del país. Cummins desobedeció la orden y se atrincheró en la legación británica, viviendo de paquetes de comida que los residentes ingleses en la ciudad de México le arrojaban por encima del muro. El gobierno británico, convencido aún de la santidad de la bandera británica, presionó a los mexicanos para que cancelaran la orden de expulsión. Las tropas mexicanas no allanaron la legación británica, pero cuando el sitio se volvió más efectivo, los británicos finalmente se rindieron y a Cummins se le ordenó que abandonara México.

Al igual que los personajes de LeCarré, que nunca aprendían de sus errores, los diplomáticos y hombres de negocios británicos, con pocas excepciones, no aprendieron nada de su fracaso en el intento de boicotear la revolución mexicana y derrocar a su gobierno. El origen de su fracaso no sólo residió en que subestimaron la fuerza de la Revolución, sino en que no supieron entender en lo más mínimo sus objetivos. En 1917-1918, los agentes británicos, en contraste con los agentes estadounidenses y franceses, estaban firmemente convencidos de que Carranza se disponía a atacar Estados Unidos con la ayuda alemana. Durante gran parte de la década de 1920 creyeron que Calles era un bolchevique que planeaba realizar una revolución bolchevique en México. El último desastre de la política británica en México sucedió en la década de 1930. Al igual que las compañías petroleras de Estados Unidos, las británicas cometieron el error de subestimar a Cárdenas. Pero en contraste con el gobierno estadounidense, el británico buscó una confrontación directa con la administración de Cárdenas.

Después de que Cárdenas llevara a cabo la expropiación de las compañías petroleras extranjeras en México, la política británica se caracterizó una vez más por la misma discrepancia entre sus propósitos radicales y sus muy limitados medios para imponerlos. No habían aprendido nada de su fracaso en contrarrestar el nacionalismo mexicano durante el gobierno de Carranza, ni del desas-

troso resultado que esa política acarreó. Una vez más, los británicos fueron mucho más agresivos con México que con Estados Unidos, y de nuevo intentaron en vano convencer al gobierno estadounidense, en esta ocasión encabezado por Franklin Delano Roosevelt, para que adoptara serias medidas contra México. Lo más extraño del caso es que una de las principales causas por las que Roosevelt no se puso en contra de México —la amenaza del fascismo representada por Alemania, Italia y España— era más importante para Gran Bretaña que para Estados Unidos. Sin embargo, esta actitud concuerda muy bien con la total subestimación británica de la amenaza encarnada por Hitler, con la tolerancia ante su anexión de Austria, y su aceptación en Munich del desmembramiento de Checoslovaquia. La severa política británica en México no era más que una consecuencia lógica de su complacencia política ante Hitler y Mussolini. Lorenzo Meyer nos muestra de manera convincente que las agresivas políticas de Gran Bretaña en 1938 tuvieron las mismas consecuencias negativas para los intereses británicos que medidas similares adoptadas veinte años antes. No fue sino hasta después de la segunda guerra mundial que las relaciones de Gran Bretaña con México se normalizaron finalmente, pero para entonces la influencia británica desempeñaba en México sólo un papel menor, secundario.

El presente libro está basado en numerosas fuentes, tanto primarias como secundarias. El autor consultó los documentos del British Foreign Office, los de Lord Cowdray, los archivos del Mexican Foreign Ministry, los Archivos Presidenciales del Archivo General de la Nación, los documentos del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, así como los Archivos Nacionales de Estados Unidos en Washington. Además, consultó docenas de publicaciones periódicas y cientos de ensayos y disertaciones sobre temas colaterales.

Si la presente obra fuera solamente una historia diplomática de Inglaterra y México, constituiría ya una enorme contribución a la literatura histórica. Sin embargo, es mucho más que eso. Analiza la situación política y económica de cada país cuya política exterior describe. Es especialmente digna de atención la evaluación que hace Meyer de la opinión pública tanto en México como en Inglaterra, consignada en los periódicos, revistas y editoriales de ambos países. Con frecuencia, los periodistas mostraron una comprensión de la situación en México mucho mayor que la de los funcionarios gubernamentales, como en el caso de los editores de *The Economist*. Sin embargo, hasta el jactancioso *The Economist*,

en 1938, afirmaba que, como resultado de la nacionalización del petróleo, la economía mexicana se arruinaría en unos cuantos meses.

Meyer no se limita sólo a hablar de México y Gran Bretaña; también analiza la compleja interacción de las relaciones británico-mexicanas en Estados Unidos y, en menor grado, en Alemania, Italia e incluso en Japón. A pesar de la enorme cantidad de información y de fuentes que Meyer consultó, el lector nunca se pierde en un laberinto de detalles. El libro está escrito con una lucidez y claridad admirables. Esta notable obra no sólo constituye una gran contribución a la historia de México, sino también a la historia de la decadencia del imperio británico, y debería publicarse tanto en Inglaterra como en México. Sería interesante observar las reacciones de los lectores británicos ante este libro. Muchos de ellos, sin duda, preferirían pararse en el muelle de un puerto británico cantando "*Rule Britannia*" mientras miran los restos de la flota británica zarpar rumbo a las islas Malvinas, que leer sobre la decadencia y el fin del imperio británico informal en América Latina.

Friedrich KATZ
University of Chicago

Traducción de Blanca Luz Pulido